

vos de la boda, cuando una noche el objeto de su amor desapareció sin que nadie pudiese adivinar cuál fuese el motivo de tan extraña ausencia.

Tres meses pasaron, hicieronse inútiles pesquisas sin lograr adquirir la menor noticia sobre el paradero de la joven. Seguro el oficial del amor que ésta le profesaba, estaba muy lejos de creerla infiel, y su imaginación se perdía en vanas conjeturas. Pero llegó la Cuaresma, este tiempo en que todos los cristianos están obligados por la Iglesia á confesar sus culpas: una doncella que estaba al servicio de la hermosa polaca declaró al confesor que seducida por un oficial ruso, rico y poderoso, había dado á su señora un narcótico con objeto de entregarla sin resistencia á este hombre, quien por su parte había jurado tomarla por esposa. El sacerdote oyó no sin espanto esta singular confesión. «Yo no puedo en manera alguna absolverte, la dijo. á menos que no procures con todos tus esfuerzos descubrir el paradero de tu señora y remediar en cuanto es posible el mal que has causado.»

Un día, en efecto, que el oficial ruso se presentó como otras veces en la casa de los padres de su víctima, donde estaban reunidas muchas familias de la población, la doncella, instigada por sus remordimientos y por los consejos del sacerdote, hizo su declaración en presencia de todos. El raptor, aprovechándose de la sorpresa que á todos había causado esta funesta revelación, «¿qué dice esa miserable? exclamó con furor. ¡Oh, vosotros no lo creeréis sin duda!... es imposible que la creáis; y y si no. decidla que testigos tiene para probar tan infame calumnia.»

«Dios, respondió la doncella; jurad en su presencia que sois inocente, y acordaos de que vendrá un día en que la maldición del cielo caerá, si mentís, sobre vuestra cabeza.» El oficial ruso se turbó al oír esta apelación, y haciendo un violento esfuerzo, «señores, dijo, aun que sea verdad que yo haya hecho

semejante locura, ¿es acaso un crimen imperdonable? Soy rico y noble; concededme su mano, y el honor de esa joven quedará sin mancha.» El polaco, que se hallaba presente, no pudo oír más; y sacando su sable en un momento de frenética exaltación, hubierá dado muerte á su rival si este no huyese á tiempo.

Al siguiente día, cuando más entregado estaba el infeliz amante á sus proyectos de venganza, vió llegar un cosaco con una carta. El lugar de la cita era un bosque á cuatro leguas de Varsovia, en la mañana del día siguiente. El polaco aceptó el duelo trasportado de alegría. Escogió por padrinos á dos de sus compañeros de armas, y pasó toda la noche contando con ansiedad las horas y los minutos.

Llegaron los combatientes al sitio señalado: colocáronse á quince pasos de distancia, y se convino que pudiesen adelantar terreno hasta dos pasos, haciendo fuego cuando quisiesen. El ruso disparó el primero y atravesó el pecho de su enemigo. «Ven á morir, dijo entonces el polaco: todavía tengo vida para arrancarte la tuya.» El ruso en este momento, cediendo á un impulso de cobardía, montó en su caballo y escapó á galope. Sus mismos padrinos, indignados, dijeron á los del herido: «Perseguidle y matadle: es un infame!» Bien pronto volvieron éstos con sus sables ensangrentados á anunciar á su amigo que el oficial no existía.

El polaco, mortalmente herido, fué llevado á una casa de campo que estaba inmediata al lugar del combate. Seis horas había pasado en ella de mortales angustias, cuando con espanto vió entrar algunos aldeanos conduciendo en una camilla, hecha con ramas de árboles, al oficial ruso que aún vivía.

«¡Me habéis engañado, exclamó el polaco, no ha muerto!» y haciendo un violento esfuerzo, se incorpora, toma susable, y acercándose á su enemigo le hiere en el corazón.